

Al siguiente día los condujeron á Cuautitlán, donde los recibió una comisión del Ministerio de Guerra.

En el lugar de la ejecución, hay un monumento que tiene esta inscripción:

A la memoria del gran reformador don Melchor Ocampo, sacrificado el 3 de Junio de 1861. 6. 3. 93.

El brazo del pirú que sostuvo el cadáver, ha desaparecido por efecto de la sequedad; pero el árbol ha echado renuevos y lo cuida la Hacienda, de la que es dueño don Felipe Iturbe. En carta de don José Manuel Vertiz, apoderado general, al administrador, don Mariano Gil, con fecha 11 de Noviembre de 1899, se lee esto: «Que no vayan á tirar el árbol de D. Melchor» (1)

Angel Pola.

Aurelio J. Venegas.

(1) Al escribir este capítulo, queremos hacer constar nuestra gratitud, por haber solícitos contribuido cariñosamente al buen éxito de nuestras investigaciones, á los Sres. Manuel M. Aranzubia, Administrador de Pateo; Miguel Bolaños, dueño de Pomoca; Tirso Tinajero, vecino de Maravatío; Ramón Carmona, Administrador de Tepetongo; Antonio de Bassoco Pereda, de Toshi; Gerónimo Chaparro, Presidente Municipal de Temascalcingo; Jesús Cano, Presidente Municipal de San Miguel Acambay; Leocadio Padilla, caporal de la estancia de San Francisco, entre Huapango y Arroyozarco; Tirso Meléndez y Jesús Farra. Presidente Municipal de la Villa del Carbón; José de J. Garibay, Jefe Político de Jilotepec; Piedad Trejo y Nicolás Alcántara, Secretario del Ayuntamiento de Tepejí del Río; Rafael y Mariano Gil, Administrador de Calten-go; Rafael Herrera, que fué sirviente favorito de don Melchor Ocampo, quien nos acompañó en toda nuestra peregrinación.



LETRAS



VIAJE DE UN MEXICANO A EUROPA ⁽¹⁾

El jardín del rey

Sr. D. M. B.

Paris, Mayo 12 de 1840.

Mi señor y amigo de mi mayor aprecio: No he pasado más que el día de ayer en esta ciudad, y obligado á procurarme en él varias menudencias indispensables y conducir á mi alemán, no tuve tiempo para ir inmedia-

(1) En *El Museo Mexicano*, tomo 1^o, se lee esta nota: «Este artículo y otros que seguiremos publicando en este periódico, se nos han remitido por el Sr. O. (M.), bajo el modesto título de: *Fragmentos de los viajes de un mexicano por Francia, Italia y Suiza, en los años de 1840 y 1841.*—L. E.» Hemos preferido el título de *Viaje de un*

tamente, como lo deseaba, al jardín llamado enfáticamente *de las plantas*, como si hubiera jardines que no fuesen de ellas, ó como si se temiera que no agregando esta calificación, había de entenderse por él lo que nuestro pueblo llama *jardín del burro*, en nuestra lengua, *castillos en laire*; y los franceses, *castillos en España*. Pero hoy, luego que dejé á mi alemán en manos de su nuevo guía, fui á buscar á mi paisano para conyidarle á ir conmigo, y á las

mexicano a Europa por ser, además de conciso, el que indica su autor en una carta dirigida al Lic. D. Ignacio Alas, á quien se lo dedica y le llama: «albacea de mi madrina y padre adoptivo mío.»

El Sr. D. Melchor Ocampo, sufriendo mil penalidades, viajó á pie por Europa, provisto de un pasaporte, que conservamos en nuestro poder como sagrada reliquia, en que las firmas y los sellos de las autoridades respectivas ratifican que visitó á Burdeos, París, Marsella, Génova, Nápoles, Roma, Milán, Turín, Bolonia, Venecia, Ginebra, Chambery, etc., etc.

El pase expedido en Veracruz, de regreso, dice á la letra: «Se presentó y pasa á la ciudad de México.—Veracruz, Septiembre 20.—1841.—Castillo Lanzas. (rub.) (Sello). Distrito de Veracruz. Prefectura.»

Se embarcó para Europa en el Salamandra el 6 de Marzo de 1840.

Entre las firmas del pasaporte es la más notable la de Giuseppe Garibaldi.

La mayor parte de las cartas de este capítulo no han sido publicadas.—Nota de A. P.

diez de la mañana estábamos en marcha, teniendo que andar unos cuatro mil metros: éstos se aumentarán probablemente con nuestra ignorancia de las localidades, que nos impedirá tomar el camino más corto. Sin embargo, como hemos consultado mi inseparable compañero y yo el plano de la ciudad, no hay que temer gran rodeo, ni mucho menos extravío. No haré alto en el camino para dar á vd. noticia de cuanto veo nuevo; no me extenderé en contarle cómo llegados á la reja del mercado de vinos nos creímos ya en el jardín ni cómo lo atravesamos primero probándonos que aquello no valía ni el nombre de tal, después dudando que lo fuese, proponiéndonos en seguida buscar otra parte de él menos monótona y convenciéndonos, por último, de que no era él. Y note vd. conmigo aquí de paso, que abundando París en inscripciones, letreros, rotulones, señas, etc., hasta indicar al pie de las escaleras el punto en que está el fierro para limpiarse los pies, con la comunísima fórmula de: *Essuyez vos pieds, si vous plait*, se encuentran muchos establecimientos que valdría mejor la pena de tener al menos su nombre, sin seña alguna que lo indique. Así, por ejemplo, las iglesias que entre nosotros

tienen casi siempre su respectivo *azulejo*, aquí carecen de toda indicación; y más la merecerían en una ciudad como ésta que tiene algunas sin portadas, torres, ni los otros signos que entre nosotros las distinguen; pero entremos por el ángulo N. O.

¡Desolación! ¡horror! exclamé entrando al ver el aridísimo suelo que teníamos á la vista, desnudo como los desiertos, seco como el paladar de Tántalo! Pero tranquilícese vd., este harapo de ridícula poesía no conviene sino á los compartimientos de la entrada acabados de formar, como lo indica la fresca pintura de sus enrejados, las desigualdades de su suelo removido, y las primeras líneas que comienzan su distribución. El fondo de la perspectiva promete, y aun el punto á que hemos llegado y en que se divide la callecita que traíamos, está muy agradable con sus robinias y lilas. Seguiremos la derecha, pues presenta muy cerca una construcción de donde salen gritos de alguna ave de rapiña. Con razón salían esos gritos: á lo largo de la calle que seguíamos después de una ligera curva, y siempre á nuestra derecha, tenemos una serie de jaulas altas como de cuatro varas, de diversas anchuras y formadas de fuerte alambre, que se sostiene en bastidores de madera. El condor es el pri-

mer habitante que vi en las ricas colecciones de este establecimiento: no es tan grande como yo me lo figuraba, y sin embargo es el mayor no sólo de su tribu, sino de toda la familia de los rapaces, y aun diré que lo creo una de las más grandes aves, según lo que me acuerdo haber leído en Mr. Humboldt: el individuo es hermoso, su collar de seda blanca contrasta agradablemente con las plumas negruzcas que de él siguen y con el color amarillado de su cuello y cabeza desnudos. Vd. sabe lo notable que es en éste más que en los otros sarcorranfos la carnosidad que ocupa la base de su pico y que les ha merecido esta denominación. Siguese nuestro *rey de los zopilotes*, que conserva aquí su título regio, y en la misma jaula y con la más perfecta amistad, como conviene á paisanos en remotos climas, nuestro zopilote común, que como vd. sabe mejor que yo, no es un zopilote sino en el lenguaje común, pues su género y nombre técnico es el de pernoctero, aunque en éste, á diferencia del egipcio, no solo las alas, sino también todo el cuerpo son negros. Viene en seguida el zopilote amarillo, común á todo este antiguo continente; el rojo ya es muy viejo; cuyo individuo, presente el del Atlas, el de los Pirineos, y otro que suponen ser especie nue-

va, y que yo falto de toda clase de libros, no puedo estudiar cómodamente. Se ven después algunos gipaetos, los grifos que ennoblecen varios escudos de armas, entre los que extrañé no ver el mayor de ellos: *el buitre de los carneros*, el *laemmer geyer* de los alemanes, que es el de mayor talla de todas las aves de presa que hay en Europa, y que sería tan fácil adquirir aquí.

Estamos ya á medias de la línea de jaulas que se llama *la grande volière*, la pajarera grande; y la vista cansada de contemplar tantas inmundas sepulturas-vivientes, como son los rapaces innobles, descansa en medio de la pequeña, pero curiosa colección de pericos que ocupa el centro. Los más notables son tres cacatúas, el blanco de gran copete movable, y los dos otros de un amarillo muy bajo y copete mucho menor: cuando yo salí de Veracruz acababa de llegar con otros varios pájaros curiosos una de estas cacatúas, que supongo ya habrán visto vds. en México y que es muy bonito animal: aquí abundan, según he visto, en dos ó tres tiendas de pájaros que me he encontrado al paso. En una jaulita dividida de la grande por un tabique y al S. de la de éstos está el famoso Ibis, más digno de atención por sus recuerdos cosmogónicos que por

su plumaje color de rosa; parece un animal muy tonto, y me maravillo de que los egipcios le hayan dado tanta celebridad. Tras de cada jaula hay un cuarto, con su ventana, á donde toda esta banda de tiranos, bandidos y sepultureros se retira á pasar la noche. Yo no sé qué pecado habrán cometido aquí los pacíficos habladores, para condénarlos á estar en medio de un vecindario tan bribón: la costumbre, sin embargo, los hace estar contentos, y ya los grandes como las guacamayas y cacatúas, que están perchados con su cadenita en la pata, ya los chicos, como loros y cotorras, que viven dentro de jaulitas aisladas, todos se encuentran tan á su sabor, como si vivieran entre gallinas, palomas ú otras gentes honradas.

Las jaulas que siguen al Sur, están ocupadas por la piragua, águilas pescadoras (son dos de la especie *cabeza blanca*), águilas comunes y el pernoétero de Egipto, tipo de su género, y tan reverenciado como sabe vd. en su país nativo. Este es el que los europeos establecidos en Oriente llaman *gallina* de Faraón, que tanto estimaban por los servicios que presta al país: servicios análogos, ó mejor dicho, enteramente iguales al que nos presta nuestra especie negra y que les han merecido la misma protección

y los medios de tratar al hombre con la mayor confianza, aún en las calles de las ciudades más populosas del Egipto. Este es igualmente el mismo para quien se ha contado que algunos musulmanes devotos dejaban legados con que mantener cierto número. Se ven también en la vuelta que dan las jaulas sobre la cabecera de la construcción y mirando al Sur, algunos milanos, nuestro quebrantahuesos ó cuije, unas lechuzas y tres tecolotes de la especie llamada *gran duque*, que aquí es mucho más copulenta que la nuestra.

—¿Y ahora por dónde seguimos? me preguntó C.—Si á usted le parece, continuaremos por nuestra derecha, á lo largo de estos edificios que limitan el jardín por este lado: así estaremos seguros de conocer su extensión, y una vez recorrida ésta en torno, nos internaremos á ver lo que ocupa el interior. Ibamos á seguir así; pero enfrente de las últimas jaulas, que como he dicho á vd. dan al S., nos llamó la atención un hermoso cisne con una cría pequeña, que se bañaban en una tina de plomo, embutida en el suelo. Yo no le conocía sino de nombre, y en verdad que no parece exagerada nuestra comparación trivial «blanco como un cisne.» No soy capaz de repetir á vd. exactamente todo lo que ví, ni menos aun el or-

den en que está; así, me contentaré con decirle aquello de que me acuerde. Habiendo tomado la dirección que decía, teníamos á nuestra derecha una serie de edificios que pertenecen al jardín, y están, según creo, ocupados por sus dependientes inmediatos; y á nuestra izquierda un gran corral dividido en varias piezas por ligeras empalizadas que le dan cierta gracia. Sus habitantes más notables son una variedad blanca de pavos, algunas pintadas, y de ellas también una variedad blanca; variedades curiosas del gallo doméstico, y entre ellas una muy pequeña.

En otra división se ven: la grulla coronada, zancaña como todo su género, alta como de vara y media, con el cuello cubierto de pelusa muy fina, el vientre negro, rabadilla amarillenta, alas blancas, espalda cenicienta, cachetes desnudos y coloridos de blanco y rosa muy vivo; y el occiput coronado de una mota de plumas, ahiladas, amarillas y movibles á voluntad. Este precioso pájaro viene de la costa occidental de Africa, en donde suele verse doméstico; su voz es semejante al sonido de una trompeta. Algunas gaviotas, pero qué diferentes me parecieron aquí de las que había visto varias veces en el Océano, y cuyas desarregladas costumbres había yo leído en la travesía

¿Quién había de creer, en efecto, viéndolas aquí tan pacíficas, con su albo ropaje perfectamente limpio y cierto aire mogigato de dulzura, que habían de ser las mismas inquietas aventureras que se avanzan en el Océano á considerables distancias de las costas, se disputan encarecidamente el más despreciable resto de carroña flotante, se devoran las unas á las otras, cuando alguna sucumbe en el combate y se hartan de cuanto encuentran, sin excluir ni aún los huesos? Sin embargo, ellas son; y tal vez el no verse obligadas á los largos ayunos, que algunas veces sufren en su estado de naturaleza, les hace perder tan repugnantes hábitos. Nuestro guajolote figura también aquí, sin embargo de lo común que se ha hecho en los gallineros: ya vd. sabe que el primero que vino á Europa, fué enviado á España en 1524, es decir, acabada casi de hacer nuestra conquista; pero lo que tal vez ignora por ser una localidad de poco interés, es, que durante mucho tiempo fueron llamados aquí *pájaros de los jesuitas*, y aun había algunos chistosos que les decían *jesuitas de gallinero*; á pesar de que aquellos santos padres podrían tener cuanto pensaban el conde de Aranda y los demás consejeros del mejor rey que ha tenido Espa-

ña; pero ciertamente nada tenían de guajolotes. (*)

La cigüeña blanca, que es la especie más común en Francia, tiene las alas negras y el pico rojizo. El aprecio que generalmente se hace de esta ave, por la utilidad que trae con destruir los reptiles, es mayor, según creo, en Holanda, que en ningún otro país del mundo. Allí se les construye á propósito sobre las chimeneas y puntos salientes de los edificios, nidos en que vienen á pasar el otoño y aumentar la cría. Un avestruz, intermedio, según juzgaba Buffón, entre los cuadrúpedos y las aves. Los griegos, turcos y persas tienen razón de llamarlo *pájaro-camello*. Su esqueleto, como lo sabe vd., tiene grande analogía con el de éste y aun su exterior ofrece mucha semejanza. Cabeza muy pequeña, cuello muy largo, jorobado en cierto modo, con pelo más bien que plumas, con dos dedos en las patas; en fin, con su estatura de mucho más de dos varas, llama irresistiblemente la atención. Nuestro avestruz, llamado más comunmente *nandú*, es casi la mitad más chico; su plumaje es de un gris uniforme; sus pies tienen tres dedos. Su marcha es airosa y aun tiene majestad, lleva siempre

* En México es sinónimo de simple, tonto.

la cabeza levantada, y como su espalda está bien redondeada, la figura es elegante. El casco con casco, que viene del Archipiélago Indo, es casi tan grande como el nandú, pero tiene las alas más cortas, y sus plumas desprovistas casi enteramente de barbas, parecen más bien crin ó pelo fuerte de cabra; es todo negro. Su nombre específico le viene de una prominencia oseosa, que, naciendo en la base del pico, se extiende en forma de casco sobre la cabeza. Hay aquí también otra especie de la Nueva Holanda, que no tiene casco y cuyas plumas están mejor guarnecidas.

No me queda que decir á vd. de importante, sino el contenido de lo que se llama *faisanderie*, y lo que ésta es. Una media rotunda dividida en varios cuartitos, y con una serie de jaulas enfrente de cada uno, jaulas que sólo están separadas unas de otras por un alambrado, y que forman juntas una amplia cinta de la misma figura que el edificio de albañilería, es lo que se llama *pajarera* grande y contiene multitud de aves curiosas, de las que sólo recuerdo los faisanes plateado y dorado de China, una variedad blanca, nuestro hoco, ó lo que en México se llama faisán, peredices, una avutarda y una muchedumbre de pequeñas avecitas que no ofrecen grande in-

terés. Apenas acabamos de dar la vuelta enfrente de éstos, cuando una gran jaula circular nos llamó la atención por el considerable número de personas que la rodeaban. Llegados á ella ví que tenían razón, pues más de treinta monos corrían, saltaban, y entregándose al jugueteo á que son tan propensos, tenían así divertida á una muy variada concurrencia. No tuvimos, sin embargo, mucho tiempo para verlos, pues consultando C. su reloj, que señalaba las tres, me recordó que le había prometido acompañarlo á hacer la visita de L., nuestro paisano, y como en virtud de tal promesa dejamos luego el jardín, y como no he dicho aún sino parte de lo que ví ese día, será necesario escribir á vd. otra que contenga lo que me falta.

Mientras tengo ocasión para ello, quedo, etc.

Burdeos

Mi muy amado señor de todo mi respeto:

Burdeos, capital del Departamento de la Gironda, está situado sobre el Garona, brazo iz-